

PORTO ALEGRE
FORO SOCIAL MUNDIAL
29/01/05

PANEL “UTOPIA Y POLÍTICA. LOS NUEVOS QUIJOTES”

Todo homenaje al hidalgo “de los de lanza y escudo antiguos, rocín flaco y galgo corredor” es un homenaje a Cervantes, uno de los grandes genios de la literatura y comunicación de todos los tiempos, que no quiso acordarse de en qué lugar de la Mancha vivía el caballero al que, “de poco dormir y mucho leer”, le pareció conveniente y necesario... irse por todo el mundo... “remediando injusticias”..., desoyendo a su sobrina cuando le dice: “¿No estaría mejor quedarse pacífico en su casa y no irse por el mundo a buscar lo imposible?”. Imposible, posible, visible, invisible... .

El hidalgo de la Mancha ve en ocasiones lo que Sancho Panza no ve... y arremete contra los molinos de viento que él imagina gigantes. En otras ocasiones, como en la maravillosa descripción de las labradoras del Toboso convertidas en Dulcinea, D. Quijote ve la realidad, muy distinta de lo que Sancho, en un gran alarde, le hace ver. “El buen ánimo quebranta la mala fortuna”, le dice Sancho. D. Quijote “miraba con ojos desencajados y vista turbada a la que Sancho llamaba reina y señora y, como no descubría en ella sino a una moza aldeana y no de muy buen aspecto, porque era carirredonda y chata”... . Imposible, posible, visible, invisible. Hay que ser realistas, se nos recomienda. No. Mis ojos han tenido ocasión de ver ya mucho. Y nunca vieron a un “realista” hacer nada relevante. Los realistas nunca transformarán la realidad, porque la aceptan, porque renuncian a

intentar cambiarla, porque promueven el sin-remedismo y la indiferencia en lugar de la tensión humana, de la pasión, de la compasión. Ilya Prigogine nos recordaba que nada emerge de las aguas remansadas, que es necesario el encuentro, el calor, para que una reacción tenga lugar. Es necesario el amor, la alteridad, el ser “nos-otros”, sin cesar, para que surja, al fin, el manantial tan procurado, tan soñado.

Se ha dicho que “la política es el arte de lo imposible”. Es una apreciación alicorta y triste de la política que debe ser, precisamente, el arte de hacer posible mañana lo que es imposible hoy.

No es desde la inercia, desde la rutina, desde la monotonía de donde saldrán las ideas que pueden reverdecer tantas cosas agostadas, abrillantar tantas otras hoy ensombrecidas, despertar las ahora adormecidas, reanimar otras tan cansadas. Es “sacando fuerzas de flaquezas”, es contando con la fuerza creadora que puede suceder lo inesperado. Lo inesperado, nuestra esperanza. Lo inesperado, como el prisionero Nelson Mandela, que en lugar de fermentar odio y venganza en las celdas en las que se le retiene por el sólo delito de su piel morena, dibuja en el aire del mañana de su pueblo brazos abiertos de todos los colores. Y, con la complicidad de Frederick de Clerck, convierte en realidad la utopía de eliminar el abominable “apartheid racial”. Utopía como compromiso personal. Éste es el sentido.

Hay que estar preparados, alerta. En “la felizmente acabada aventura de los leones”, dice el ingenioso hidalgo: “El hombre prevenido tiene ya ganada la mitad de la batalla. No se pierde nada con que yo esté preparado, que sé por experiencia que tengo enemigos visibles e invisibles, que no sé cuando, ni dónde, ni en que momento, ni bajo que formas me han de acometer”. Lo inesperado, como la “resistencia” pacífica y activa, que une manos y voces

y que comienza a dar sentido a cada palabra y oprobio a cada silencio, que comienza este clamor popular que podrá -estoy seguro- cambiar muchas situaciones hoy intolerables, que volverá a situar los ideales donde hoy hay sólo mercaderes, que ofrecerá a las generaciones venideras un panorama menos convulso. La fuerza de la palabra, sin violencia, ha cambiado ya la agenda de los ricos, ha conseguido que hablen de alimentación y de cobijo, y de salud... . La voz de los menesterosos ha llegado a los oídos de los habitantes de los barrios más prósperos de la aldea global. La utopía de Porto Alegre comienza a presentar escenas muy distintas a las que difundía el poder mediático sesgadamente.

Estos hechos nos inducen a proclamar que aunque haga viento y frío, hay que sembrar. Sembrar sin arredrarse. Sembrar y recordar, sobre todo a los más jóvenes, que es cierto que buena parte de la semilla, por las condiciones del suelo o del tiempo o de otras adversidades, no llega a fructificar. Es cierto. Pero también lo es que sólo ha un fruto que nunca cosecharemos: el de las semillas que no tuvimos el coraje de plantar. Sólo sembrando cada día semillas de concordia y de amistad podrán tener lugar las metamorfosis que tanto apremian en estos albores de siglo y de milenio.

Semillas de cordura pero revestidas de desmesura, como la propia vida humana, como la propia “razón”... para que podamos hacer frente a desmesurados obstáculos. Para que lo utópico con “seny” –que no está reñido lo uno con lo otro aunque pudiera parecerlo, en esta versión de “utopía” al estilo catalán- se convierta en realidad, es necesario primero conocer y guardarnos de aquellas situaciones y fenómenos que inhabilitan la utopía, que la cercenan cuando justo germina.

La utopía termina donde empieza el dogma, la “inspiración divina”, la imposición fanática, la arrogancia, la intransigencia... y la resignación, la obediencia ciega, la “adhesión inquebrantable”. Y el silencio. Silencio cuando se tortura. Silencio cuando se amplían las brechas en lugar de reducirlas. Silencio cuando se degradan el aire y el mar. Silencio. Silencio cuando se corrompe. Cuando se abusa. Silencio.

La utopía termina cuando la brújula y las estrellas, los valores situados “altos” –como reclamaba Fernando Pessoa- se sustituyen por el mercado. Cuando la diversidad –a fuerza de ser espectadores, receptores en lugar de emisores y actores, y autores –degenera en uniformización, docilidad, gregarización.

Cuando se acepta como ineludible lo que es inadmisibile, como inexorable lo que el mando impone, cuando se actúa al dictado de instancias de poder que aturden la propia capacidad de la toma de decisiones. Cuando las sectas, la superstición, el rito, la liturgia ocultan y hasta contradicen los valores originales. Cuando la alteridad, la solidaridad humana de compartir, com-padecer y con-vivir, se reduce a la obsesión por el destino de uno mismo... que, en el delirio coercitivo y extremista, se traduce en cabeceos espasmódicos, o en autoflagelaciones o en hábitos y ropajes y costumbres estafalarias. Cuando subrepticamente nos hacen decir palabras cuyo significado no comprendemos pero que, poco a poco, no sólo son pretextos sino razón de muchas de las cosas que suceden contrarias a nuestras pretensiones y anhelos. Salvador Espriu, el gran poeta catalán, escribía a sus hijos: *“hauré viscut per salvar-vos alguns mots”*, “habré vivido para salvaros algunas palabras”. Palabras como democracia, competitividad, valor añadido, globalización (por no decir algunas otras en inglés, todavía menos comprensibles o con más acepciones)... y utopía.

Democracias impuestas por las armas, palabras que vamos incorporando a nuestro léxico sin saber exactamente que quieren decir, porque quieren que digamos aquello que no queremos decir... .

La utopía termina cuando nos distraen y nos hacen timoratos, dependientes, “pecadores”... imprimiendo a nuestras cuestiones personales sobre la trascendencia tintes tan horrendos como pintorescos. Y así, la condición humana, dotada de capacidades distintivas únicas, formidables, esperanzadoras, se va sumiendo en la bruma, en el desconcierto, en un remolino que le arrastra, en el sometimiento, en la docilidad. “No te preocupes en pensar, razonar, meditar... aquí están los senderos, bien delimitados, por los que has de discurrir”. Vidas temerosas, aterrorizadas, sumisas, que no se atreven a decir: “yo soy”... y son los que les dicen que deben ser, y creen los que les dicen que deben creer. Cuando un país como los Estados Unidos que, por la fuerza de su ciencia, tecnología, economía... lidera el mundo y quiere “liderarlo”, es tan paradójico como preocupante que en sus aulas se amplíe el conflicto entre evolucionistas y creacionistas como si fueran posiciones irreconciliables y como si la imagen de un Ser superior, además de su antropomorfismo masculino debiera ajustarse a la “receta creadora” prescrita en la Biblia.

La utopía termina cuando se uniformiza la diversidad cultural, cuando la gran riqueza de la unicidad de cada ser humano se pierde en la niebla del pensamiento único..., en la dominación del temple, de la actitud firme, de la fortaleza que confiere la identidad, la semblanza renovada por interacción, por el aprendizaje cotidiano.

La utopía termina cuando en lugar del enriquecimiento recíproco, las culturas se protegen por muros y vallas que conducen al aislamiento, a la endogamia, a repliegues que conllevan el declive.

Aminata Traoré, en su libro *“Viol de l’imaginaire”* ha puesto magistralmente de relieve hasta qué punto la peor de las dependencias se origina, precisamente, cuando también los símbolos, las referencias, el imaginario, lo imaginado propio de una cultura se trivializa, se avasalla, se elimina.

Las alas propias, sin adherencias, constituyen una posibilidad de autonomía personal y vuelos altos contrarios a la quietud y sosiego que el poder desea. Se trata de evitar, por todos los medios, que los seres humanos se aperciban de que son inteligentes y, por tanto, de que pueden pretender ser libres. Otro mundo es posible si no accedemos a estas pretensiones, si alcanzamos la soberanía personal que la educación confiere. Si hallamos tiempo para la reflexión, para la escucha, para elaborar nuestras propias respuestas. Para extraer las lecciones del pasado. Para diseñar un futuro más luminoso, a la altura de la dignidad humana. Éste es el único legado que podemos ofrecer a los jóvenes y adolescentes, a los que han llegado ya, a los que llegarán un día. Lo único que importa. El pasado sólo puede describirse. El porvenir deben escribirlo nuestros descendientes. Sabiendo que “se hace camino al andar”, como tan sabiamente escribió Machado.

Con frecuencia se confunde erudición con sabiduría. Se juzga a la gente por el cúmulo de conocimiento y destrezas y no por el buen sentido, por su experiencia, por su capacidad para confeccionar sus propios argumentos. He admirado la fuerza creativa de “analfabetos” (sobre todo de mujeres africanas, tachadas de “ignorantes”!) y he conocido a “especialistas” que

han sido “ahormados” y repiten, (“agresivamente”, es sí) su repertorio de soluciones –con frecuente incorporación de palabras en inglés y de eufemismos al uso- como si fuesen papagayos. ¡Cuidado con el significado de cultura y de cultos! Porque estos especialistas, con gran frecuencia, no son inteligentes ni cultos. Son lanzaderas eficientes para tejer tejidos de dibujo ajeno. Y, luego, les marginan.

Para la transición de la utopía a la realidad son precisos tres grandes pilares: conocimiento, sabiduría, sagacidad. Sabiduría que he encontrado en tanta gente proporcional a su sufrimiento. “La necesidad aguza el ingenio” y facilita pensar remedios inauditos. Des-cubrimiento, invención, para realizar lo que hasta ahora parecía irrealizable. Y llegar a conocer lo que existe debajo de la apariencia. En otro caso, podremos modificar las percepciones pero no la realidad que subyace.

Investigar consiste en “ver más allá” de lo circundante, establecer hipótesis sobre lo que puede des-velarse, des-cubrirse. Es un acto creativo, porque no se trata sólo de contemplar, de observar, sino -como decía mi maestro el Premio Nobel Prof. Hans Krebs- “pensar lo que nadie ha pensado”. Muchos habían visto los halos de inhibición alrededor de los hongos contaminantes de las placas Petri en los hospitales de todo el mundo... pero sólo Fleming (que sepamos) pensó que podía ser debido a unas sustancias “anti-bióticas” que serían liberadas por el *Penicillium* contaminante.

Pensar lo que nadie ha pensado... y ver lo que otros no ven, aunque con frecuencia se trate de cosas o sucesos de nuestra circunstancia, de nuestro “circum-estare”. Julián Marías ha comentado lo “difícil que resulta observar lo que vemos todos los días”. Detener la mirada, mirar despacio lo

que nos circunda, tener tiempo para pensar... y para mirar de otra manera, con éste “nouveau regard” que da tantos frutos, que abre tantos caminos, que ilumina tantos otros intransitados. Mirar hacia atrás -como el retrovisor- para ver mejor hacia adelante, hacia lo único que importa: un futuro más esclarecido.

La utopía puede volverse realidad, sobre todo, por la fuerza creativa que distingue a la condición humana. Cada persona, “barro, más barro iluminado/. Barro, más barro luminoso/”... . El único ser vivo capaz de pensar, de crear, de luchar contra los gigantes. Lucha de desenlace “cantado” pero que puede dar sorpresas si somos todos y actuamos a tiempo.

Estamos aquí reunidos para que se haga realidad la utopía mediante el verso portentoso de Miquel Martí y Pol, que he repetido tantas veces, porque es la solución: “¿Quién, sino todos?”. “¿Quién, sino todos -y cada uno a la vez- podemos crear el espacio de viento donde todo resuene?”. Estamos aquí para que los colosos se den cuenta de la grandeza que anida en cada ser humano; estamos para que sepan que, aunque aparentemente minúsculos, deben tenerlos en cuenta. ¡Contar!: en esto consiste la democracia auténtica, nuestra tabla de salvación a escala local y global.

Y para que se nos tome en cuenta, debemos unirnos, reunirnos, actuar de consuno y a tiempo. Y con imaginación: “Sólo la imaginación es más importante que el conocimiento”, recomendó Albert Einstein para los tiempos de crisis. ¿Pueden hacer algo las hormigas contra los elefantes? no, si se dejan pisar; No, si intentan picar la gruesa e impenetrable piel. No: la desproporción es demasiado grande. Pero, si cientos de hormigas se

concentran en el oído interno del elefante y pican -allí, sí- al mismo tiempo, pueden hacer tambalear al inmenso paquidermo.

Está claro, pues, que todo es posible si se tiene la visión, la voluntad, la imaginación para hacer que se convierta en posible hoy lo que ayer era imposible. “Si se ven –como dijo el Premio Nobel Bernard Lawn, Presidente de la Sociedad Americana de Cardiología- los invisibles, podemos hacer los imposibles”. “El caballero andante –pensaba Don Quijote- debe buscar los rincones del mundo, entrar en los más intrincados laberintos, acometer en cada momento lo imposible”.

Acometer lo imposible: actitud permanente de vigías, de oteadores, de irrenunciable anhelo para un por-venir que está por-hacer. Todos. Sin exclusiones, y guiados por valores universales. Y a quienes nos digan que luchar cada día en favor de la dignidad humana no sirve para nada, que nunca lograremos nuestros propósitos, que los imposibles hoy seguirán siendo imposibles mañana, les responderemos, como Don Quijote a su escudero: “¿Qué te parece ésto, Sancho? ¿Hay encantos que valgan contra la verdadera valentía? Bien podrán los encantadores quitarme el éxito, pero no el esfuerzo y el ánimo”.

¡Otro mundo es posible! ¡Seamos valientes!

Federico Mayor Zaragoza